

## **El armario**

(seudónimo Pequebú)

Dejaba Sevilla, luego de una semana de trabajo y disfrute; pocas ciudades en el mundo son tan bellas. En el ferrocarril de regreso hacia la capital española, mi compañero de asiento, resultó ser un simpático andaluz, madrileño por adopción, casado con una compatriota. Durante las casi tres horas del viaje, conversamos mucho, sobre todo él, fundamentalmente de las condiciones en que se encontraban nuestros respectivos países. Al llegar a Atocha, en tanto nos despedíamos, me entregó su tarjeta de visita con la dirección de su hogar y expresó que me esperaba al día siguiente a las seis de la tarde, pues me iba a llevar una sorpresa.

No me apetecen las reuniones en las que no conozco los invitados, pero dada la simpatía de Raúl, y la curiosidad por sus dichos, me presenté al día siguiente en la dirección que me brindó.

Allí me presentó Raúl a su esposa, María Julia, su sobrina María Elena, y del mismo país que ellas, compatriotas míos, exiliados, aproximadamente otras veinte personas. Los saludos fueron informales; me llamó la atención la disposición en que estaban sentados en semicírculo, como formando un auditorio y en el centro una silla, que iba a ocupar María Elena.

La tarde era calurosa, me saqué la chaqueta, tomé una silla y me dispuse a escuchar; momentos antes se acercó Raúl y me expresó que María Elena había llegado dos días antes a Madrid, y que le quería contar a sus compatriotas su historia e intercambiar con ellos sobre la situación política.

Quiero transmitir lo que oí aquella tarde en la bella Madrid; no tengo la dulzura de la voz, ni la mirada de María Elena, con los ojos brillosos por las lágrimas que solo cayeron al terminar el relato, pero intentaré ser lo más objetivo y real posible.

Ella y su familia vivían en un antiguo pero hermoso caserón, en un coqueto barrio de la capital. Construido a principios del siglo por sus abuelos, muy cuidado y mantenido por su padre y su hermano. Constaba de tres dormitorios, el mayor era el de los padres, otro el de su hermano y un coqueto dormitorio-buhardilla para ella, al que se accedía a través de una escalera “de caracol” hecha en madera de roble. La casa tenía además un gran salón que oficiaba de estar y comedor, en el que se destacaba por su porte y por su historia, un enorme armario, de algo más de dos metros de altura, que según relataba su padre lo habían construido sus bisabuelos; de madera también dura, con detalladas molduras en todas sus esquineras, dos puertas gigantescas, una de las cuales tenía en su frente un hermoso espejo biselado a los que tanto María Elena, como lo había hecho su madre, visitaban con frecuencia. Las puertas tenían unos brillantes herrajes de bronce, con llaves que guardaban en un viejo cofre situado en el cajón de una pequeña mesa, cercana al armario.

En esa casa nació, asistida por una partera, María Elena y allí vivió toda su vida; su madre murió debido a un cáncer de páncreas cuando ella tenía seis años de edad, por lo que quedaron solos el padre, Ernesto, el hermano Julio y ella.

Los hombres de la familia trabajaban en una imprenta (en realidad Ernesto era socio de la misma) y Julio, en sus ratos libres estudiaba economía; cuando sucedió lo que ella quería contar, le restaban dos materias para recibirse de contador.

Ernesto llevaba su viudez en soledad, no se le conoció nueva pareja, se dedicaba al trabajo por entero; callado, serio, fumador empedernido, su único interés era la lectura y en los ratos libres era frecuente verlo sentado en su sillón favorito, fumando, con un libro en la mano. Ambos, padre e hijo, eran simpatizantes de partidos de izquierda, aunque su militancia en política era relativamente poca. Algún trabajo de imprenta gratis para los

compañeros, ocasionalmente concurrían a los actos en el barrio, que últimamente estaban prohibidos por el gobierno cívico-militar.

María Elena, trabajaba algunas horas en la imprenta y en las tardes estudiaba derecho en la Universidad de la República. Obvio que, por ser mujer, y también «por tener más tiempo libre», se encargaba de la mayor parte de las tareas del hogar; ella también simpatizaba con ideas progresistas, aunque hablaba poco sobre el tema.

Esa rutina se quebró una tarde de julio de 1976.

Golpearon con violencia la puerta de la casa. Era sábado, Ernesto y Julio dormían la siesta, en tanto ella preparaba los temas del próximo examen. Grande fue la sorpresa y el terror de María Elena cuando al abrir fue violentamente empujada a un costado y unos militares fuertemente armados irrumpieron en la casa. Lo último que vio, tirada en un sillón y amenazada por un soldado con fusil, fue a su padre y a su hermano, con las cabezas cubiertas con capuchas negras, esposados y empujados hacia la calle.

Los días que siguieron al secuestro fueron dolorosamente inolvidables para María Elena. No tenía otros familiares en el país y los amigos estaban temerosos de recibirla, ya que la dictadura no tenía inconvenientes en hacer desaparecer a quienes osaran pensar diferente, en tanto, los que tenían “mejor suerte”, permanecían encarcelados. Al igual que cientos de otros hermanos, abuelos, madres, recorrió comisarías y cuarteles sin tener la menor noticia del paradero de Ernesto y Julio; poco a poco, sintió que no tenía más fuerzas para lograr hallarlos. Algunos compañeros de facultad la pusieron en contacto con dos abogados que se dedicaban a defender presos políticos, pero primero había que conocer su paradero.

Después de más de tres meses de búsqueda, uno de los abogados, el que más se comunicaba con María Elena, se enteró de que tanto su padre como su hermano habían sido llevados al cuartel al mando del coronel Fernando Cercas y que esas no eran buenas

noticias, pues el mencionado coronel era conocido por su crueldad y porque no tenía prurito en eliminar a quienes él consideraba peligrosos. Su lista de crímenes, transmitida en voz baja por los opositores a la dictadura, era enorme.

La vida continuó, nunca obtuvo noticias de ellos y, poco a poco, como pudo, María Elena fue rearmando su rutina diaria. Trabajó más horas en la imprenta, con lo que retrasó, en parte, los estudios y con dificultad mantuvo la casa familiar.

Tiempo después, desde Madrid recibió carta de una tía, hermana de su fallecida madre, que había emigrado a España cuando María Elena tenía solo cuatro años. Se enteró, por otros compatriotas, lo que había sucedido con Ernesto y Julio. Le ofrecía su hogar, mencionaba que vivía con su esposo en una amplia casa, que podría ser ella la hija que no tuvieron y con gusto le enviaban el pasaje si decidía aceptar la propuesta. María Elena meditó la oferta y, no más de un mes luego de recibir la carta, embarcó rumbo a Madrid. Su tía María Julia y el esposo, la recibieron y trataron como a una hija. La casa era amplia, María Elena tenía su propia habitación y la discreción de la familia en cuanto a sus actividades era total. Obtuvo trabajo en una librería, lo que le permitía, además de independencia económica, acceder a una amplia gama de sus autores preferidos.

Conoció a un grupo de compatriotas que se reunían los fines de semana en una confitería del centro de Madrid, donde analizaban la situación del lejano país; algunos planeaban su posible retorno e intercambiaban noticias, no siempre agradables, del terruño.

A esta altura del relato, hubiera querido que allí terminara; no tenía ganas de seguir escuchando historias de mi triste país y si hubiera finalizado aquí, sería una buena oportunidad para María Elena, vivir en un país desarrollado y contenida y querida por su familia. No sería seguramente la misma buena historia para Ernesto y Julio, que probablemente estuvieran detenidos sin razón, eso pensé en aquel instante, pero que

recobrarían su libertad en algún momento. La vida nos enseñó a muchos que pensaban como yo, lo equivocados que estábamos.

Pero María Elena continuó con su historia.

Dos años después, extrañaba profundamente su casa natal, su ciudad, y fundamentalmente, porque en su interior mantenía la secreta esperanza de encontrarse con su padre y su hermano, decidió volver. La despedida de su tía y del tío Raúl, fue dolorosa, sin saber en ese momento que el destino los uniría una vez más.

Llegar a su antiguo hogar resultó una fuerte conmoción emocional; el polvo del tiempo cubría todo el mobiliario, las telarañas reinaban, sobre todo en el gran armario. Esas primeras noches, le impedían el sueño los recuerdos de su infancia y adolescencia, las remotas caricias de su madre, las peleas con su hermano, los cuentos leídos por su padre. Dedicó esos primeros días a ordenar y asear su hogar; posteriormente, concurrió a la facultad para reinscribirse en los cursos que debía y volvió a trabajar unas horas en la antigua imprenta. La situación en el país era igual o peor que cuando partió rumbo a España y muchos de sus antiguos compañeros habían emigrado, estaban presos o desaparecidos.

Pasados ya cuatro años de la ausencia de noticias de su padre y su hermano, en 1980, María Elena, con veinticuatro años, estaba próxima a recibirse de abogada. Algunas tardes, tenía el hábito de concurrir a la confitería situada frente a la facultad, donde, con sus amigas o a veces sola, repasaba los temas del día.

Una de esas tardes se le acercó un hombre de buen aspecto, de unos cuarenta años, de ojos claros, pelo rubio, ensortijado, y le solicita autorización para compartir la mesa.

María Elena amaba su soledad, pero había notado, en varias oportunidades, la presencia de ese hombre, (pensaba que de algún lado lo conocía o en alguna revista de actualidad había visto una foto suya) también solitario, siempre muy elegantemente vestido, y sus

miradas se habían cruzado en más de una ocasión. A su vez, ella necesitaba compañía, por lo que aceptó la propuesta del extraño y, pese a la notoria diferencia de edad, le resultó un hombre agradable y decidió explorar lo que el destino le proponía.

Fue esa la primera de una serie de encuentros entre ambos: primero, en la confitería; más adelante, al cine y a cenar; un domingo, un paseo en el auto del enamorado a un balneario para disfrutar la playa.

María Elena era, a esas alturas, una muy bonita mujer: alta, pelo castaño y lacio que le caía sobre los hombros, ojos marrones grandes y expresivos, las pocas veces que sonreía mostraba una dentadura blanca como marfil, busto de generoso tamaño, cintura estrecha; en fin, que muchos de los compañeros de la facultad estaban tras sus encantos, pero ella los sentía como muy superficiales. Sin embargo, fueron ellos los que la advirtieron, con temor, de que el hombre que en oportunidades la acompañaba, era de cuidado, sin especificar el por qué.

Esa tarde de domingo en la playa, sentados bajo la sombrilla, le relató a Ricardo, así dijo él que se llamaba, la historia de su familia; él a su vez le contó que su esposa hacía más de un año lo había abandonado con el hijo de ambos. Llegada la tarde, volvieron al hogar de María Elena y él insinuó que lo invitara a tomar un café.

Ella, con dulzura, pero firmemente, le expresó con claridad que llegado el momento que sintiera que podían construir una vida juntos, ese día lo invitaría no solo a tomar un café, sino a quedarse en su casa. Pero ese tiempo aún no había llegado.

Los días y las semanas de María Elena eran muy similares, salvo cuando se encontraba con Ricardo, lo que era, a su vez, imprevisible, ya que el trabajo de él, según expresó, era de vendedor itinerante en todo el país de diversos productos importados y no le permitía tener una rutina preestablecida.

Cierta noche, luego de una amena charla en un bar del centro de la ciudad, Ricardo la llevó en el auto hasta la casa. María Elena le mencionó que ese día cumplía veinticinco años y que lo invitaba a tomar una copa y a compartir una pequeña torta de cumpleaños. La sorpresa y la emoción de Ricardo fueron enormes, ya que recordó los dichos de ella: el día que lo invitara a su casa, era porque estaba dispuesta a ser su mujer.

Estacionaron el auto y caminaron hasta la casa.

Descorcharon una botella de champán helada, colocaron música en el viejo tocadiscos.

Apagaron la luz, encendieron la única vela que presentaba la torta de cumpleaños, él cantó la típica canción y al encenderse otra vez las luces de la habitación, se abrieron bruscamente las puertas del viejo armario y dos hombres jóvenes, con sendas pistolas automáticas en sus manos, saltaron al suelo del comedor y gritaron: «¡No se mueva, coronel Fernando Cercas! Tenemos asuntos que resolver».

El avión con destino a Madrid del día siguiente, llevó entre sus pasajeros a María Elena y los dos compañeros que habían permanecido ocultos en el armario; en su lugar estaba ahora el cuerpo del coronel Fernando Cercas.

Fuimos varios los que lloramos cuando María Elena liberó sus lágrimas; pero mucho de ese llanto fue de paz, por saber que de algún modo, se había hecho justicia.